

tro suelo, con la del género llamado *bufo*, y entre otras novedades, muy dignas de aprecio para algunos cuyas aficiones no envidiamos, el establecimiento de la estafa pública, teniendo de su parte en el afan del lucro, dios del presente siglo, no pocos partidarios de buena fé!

Complácenos reconocer en Don Antonio Flores las cualidades que el autor de las *Escenas Matritenses* considera necesarias para llenar cumplidamente la mision del que se dedica á cultivar un género que proporciona á la vez enseñanza y deleite.

«Grave y delicada carga, dice, es la de un escritor que se propone atacar en sus discursos los ridículos de la sociedad en que vive. Si no está dotado de un génio observador, de una imaginacion viva, de una sutil penetracion; si no reúne á estas dotes un gracejo natural, estilo fácil, erudicion amena, y sobre todo un estudio continuo del mundo y del país en que vive, en vano se esforzará á interesar á sus lectores; sus cuadros quedarán arrinconados, cual aquellos retratos que, por muy estudiados que estén, no alcanzan la ventaja de parecerse al original.»

Quien trazó con tan feliz éxito los amenísimos episodios de *Ayer, hoy y mañana*, se hallaba dotado en efecto, de esa perspicacia y génio observador y de las demás enunciadas cualidades. Con verdad pudiera preceder á las obras á él debidas, el texto que adoptó para las suyas el discreto *Curioso Parlante*, á quien acabamos de referirnos, y que pertenece á La Bruyère, el autor de los *Caractères* ó las costumbres de su siglo.

*J'emprunté au public la matiere de mon ouvrage: c'est un portrait de lui que j'ai fait d'après nature.*

«El público me ha servido de original: mi obra es su retrato.»

ÁNGEL LASSO DE LA VEGA.



TIPOS Y COSTUMBRES ESPAÑOLAS



---

# UN AÑO EN MADRID

---

## I

### ENERO

La última campanada del reloj que señalaba las doce de la noche del 31 de Diciembre de 1848, era el último suspiro del vástago más calavera que ha tenido la ilustre familia del ilustrado siglo XIX. El día 1.º de Enero de 1849, vió morir á su hermano, con esa indiferencia estóica que tanto distingue á la impávida parentela del tiempo. Recibió el último adios del monarca que le entregaba su cetro, sin exhalar un ¡ay! á su memoria y empezó á regir los destinos de los mortales, sin detenerse un instante siquiera á examinar el mundo que era llamado á gobernar. El primer acento que con voz grave y terrible lanzó al aire, anunciaba que era pasada yá una hora de su vida, y era la primera voz de alerta que dirigia á sus vasallos. El compasado movimiento

con que avanzaba su pupila en ese círculo de misteriosos signos que han inventado los hombres para seguir los pasos al tiempo, daba á entender bien claramente el respeto con que practicaba el código fundamental de sus mayores, y la inmutable resolución que traía formada de seguir avanzando en su carrera, sin volver nunca la vista á lo *pasado*, sin pararse á gozar el *presente*, ni asustarse del *porvenir*. Traía contadas las horas de su reinado y no podía perder un instante, aunque la mano de un nuevo Josué parára el astro luminoso que alumbraba sus actos. Eterno para algunos, breve y fugaz para muchos, seguía inexorable su marcha hácia la eternidad, sin cuidarse de los descabellados proyectos que la miserable humanidad tenía aplazados para cuando él rigiera el mundo. El libro eterno de lo pasado le había enseñado á conocer los hombres, é indiferente y frío los veía olvidarse del tiempo presente para ocuparse de plazos futuros que no se cumplen jamás....

Así llegó hora tras hora la primera alborada del primer día del año en que escribimos estos artículos, y el indolente mortal que, para encubrir su habitual pereza, había pasado los últimos meses del año anterior formando planes para el presente, dormía á pierna suelta, sin cuidarse de las horas que habrían trascurrido cuando despertára, para repetir con desaliento lo que con falso entusiasmo había pronunciado al cerrar los ojos el día 31 de Diciembre.

*Año nuevo, vida nueva*, dijo como quien cree que ese plazo no ha de llegar nunca, ó cual si pensára

que el tiempo ha de cambiar su invariable rumbo, por los períodos en que á él le convino dividirlo. Asústase contando las horas que yacen en el panteon de lo pasado, y al ver cuál huyen las otras á sus propios ojos, se pára á pensar en el tiempo que ha perdido para sus locas quimeras y así le sorprende un año y otro siempre creyendo que es tarde y despreciando el tiempo presente por correr ciego tras del que no ha de alcanzar nunca.

El mes de Enero es un testigo terrible de la debilidad humana, es.... (permitase esta espresion al que contra su costumbre está escribiendo formal y sério) un acreedor molesto que viene á protestar una letra que no ha sido pagada á su vencimiento. El mes de Enero quiere realizar todas las ofertas que se hicieron en los últimos dias de su antecesor, y pone de manifiesto la indolencia de la raza humana, especialmente en nuestro país donde no se sabe conjugar de presente el verbo *hacer*. Pasamos la vida esperando el fatídico «mañana» que nunca llega, y pensando siempre en lo que *haremos*, jamás hacemos nada.

Ejemplos á millares tendrán mis lectores de esta verdad, sin que yo me esfuerce en probarla; pero tal es mi afan por complacerles, que á falta de otro mejor, yo mismo me ofrezco en holocáusto. Véanme aquí distraido en explicarles cómo vuela el tiempo, mientras malgasto el mio sin ocuparme de cumplir lo que ofrece el título de estos artículos, que serán doce, si ese fuere el número de los meses que tenga este año, y si ántes de escribirlos no dispusiese Dios

de mi vida, en cuyo caso les ruego que me dispensen la falta, seguros de que habrá sido contra mi voluntad. Yo tambien hice mis planes de vida nueva para el presente año, y uno de ellos fué el bosquejar estos cuadros de costumbres, empeñando al efecto mi palabra con mi buen amigo D. Francisco de Paula Mellado, editor de libros, que contra la costumbre de sus semejantes, rara vez dice que *hará*; pero *hace* mucho.

La Europa anda revuelta, decia yo para mí antes de pensar en decírselo á los lectores; el mundo civilizado y parte del que nosotros tenemos la modestia de llamar bárbaro, se agita por descubrir verdades, que despues de halladas han de ser tan mentiras como las que hoy conocemos, pues estémonos quietos en este rincon donde nos hallamos, y no faltará por nuestra desgracia quien nos diga lo que más nos valdria ignorar. Si lo que se buscan son verdades, el tiempo es un gran testigo, y él nos ahorrará de cruzar la Europa en locomotoras de ninguna especie, y de andar traduciendo signos telegráficos, para anticiparnos noticias cuya mayor parte sería de desear que se quedáran en el camino.

Un viaje por Madrid me parece que sería una gran ocupacion para el presente año, y aunque yo bien sé que al que sólo habla del pueblo en que vive, lo comparan con el cura de cierto lugar, que no sabía leer sino en su misal, y le dicen que no ve más allá de sus narices, y otras cosas que me callo porque no las digo, aún tengo esto por mejor que el hablar de lo que no se entiende, presumiendo tener

razon, porque los oyentes no lo entienden tampoco. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la agena, y el que quiera conocer al prójimo empiece á conocerse á sí mismo, que si dejamos lo propio por buscar lo ageno, de fuera vendrá quien de casa nos echará. Y baste de preámbulo con lo que queda dicho, que el que mucho habla mucho yerra, y oveja que bala, bocado pierde. El mes de Enero nos presenta sus treinta y un dias en órden de parada para que los pasemos revista, y no sería justo que le hiciéramos aguardar mucho tiempo. Quizás se incomodara, y recogiendo la blanca luz con que ilumina sus noches, y á cuyo hermoso resplandor medita los frios designios de su helada atmósfera, se fuera con la música á otra parte, á Lóndres, por ejemplo, cuyos habitantes sacrificarian gustosos sus nieblas, por tener un cacho de esa luna de Enero que á fuer de negociantes, cambiarian por el pálido sol que alumbraba sus frias regiones.

Bienaventurados nosotros, que si no podemos decir como antiguamente que el sol no se pone nunca en nuestros dominios, aún tenemos razon para asegurar que la luz es eterna en nuestro suelo, y que el sol y la luna nos alumbran á competencia. Ámbos me han servido para observar lo que ahora pienso escribir á la hermosa luz de una lámpara solar, que yá en más de una ocasion me ha prestado su poderosa ayuda para aprovechar el melancólico silencio de la noche, trazando cuadros de costumbres que el génio destructor del presente siglo convertirá bien pronto en elogios fúnebres de escenas

desusadas. Estremece coger la pluma para pintar los usos característicos de nuestra capital, al considerar que los primeros personajes de estos bocetos, luchan por salirse del cuadro, en que á pesar suyo se hallan colocados. El espíritu innovador de la época, los arrastra á renegar de sus más inveteradas creencias, y la moda les fuerza á combatir y desechar sus mejores afecciones. Pero en el fondo de su alma, en el interior de su vida privada, acarician esos hábitos antiguos, y se complacen en observarlos estrictamente. La sociedad moderna de nuestro pueblo, no ha abjurado aún sus antiguas costumbres, por más que á primera vista lo parezca. Bajo esa fisonomía vaga, superficial y frívola que presenta, oculta un corazón que late por cultivar los usos de sus mayores, y tiembla cuando imagina que podría perderlos algún día. El sombrero francés no ha logrado aún privar á las señoras del gozo interior que sienten cuando pueden lucir la graciosa mantilla española, so pretexto de andar de trapillo; y el empleado que, víctima de la moda, hace el sacrificio de vestirse un *paletot*, está deseando que concluya la oficina para tomar la capa y burlar con el embozo las traidoras intenciones de la atmósfera madrileña. La generalidad de los habitantes de Madrid, repito, no ha desechado las costumbres de sus abuelos, como el renegado que abjura sus creencias religiosas; ni las defiende como el idólatra que muere mártir de su fé, sino que á imitación de aquellos creyentes pusilánimes que aparentan vivir en una religion contraria de la que observan privadamente, ridicu-

lizan en público las costumbres y los usos que forman las delicias de su retiro particular. Allí, sin temor de que les critiquen lo que por una inconcebible ridiculidad no osan cometer en público, se despojan de sus verdaderos postizos traspirenáicos, y entregándose con gusto á los placeres domésticos, se ocupan de recorrer el calendario para que no pase desapercibido el cumpleaños de su esposa; anuncian á sus hijos con un mes de anticipacion que el dia que salga el *Dios grande* de su parroquia, han de comer leche cuajada, y tiemblan que llegue la hora de salir á la calle, porque con ella empieza el fingimiento y la hipocresía. Acuden á las sociedades compuestas en su mayor parte de gentes que piensan del mismo modo que ellos, y allí es donde tienen que mentir (en mal francés por supuesto) para hacer el nécio alarde de que no han visto á las prendas de su corazon en toda una semana, de que no saben cuándo es Pascua ni Cuaresma, y de que acaban de almorzar cuando suele hacer dos horas que han comido.

Esas son las causas que han hecho creer á muchos de nuestros escritores, que el pueblo español, y con especialidad el de la Côte, habia perdido completamente sus costumbres, y que en la actualidad ofrecia un cuadro descolorido sin carácter propio, y cuya copia era imposible. Pero al sentar semejante error, han incurrido en la debilidad de añadir que la fisonomía de este pueblo habia desaparecido, y esa verdad que nosotros dejamos confesada anteriormente, indica que su estudio ha sido demasiado superficial, y que no se han tomado el trabajo de

profundizar su exámen, para averiguar las causas de esa pretendida mudanza. Han creído que las viruelas que afean el rostro, pueden llevar tras sí los sentimientos del corazón y las virtudes del alma.

En el curso de estos artículos, cuyo principal objeto es combatir ese extravío, ofreceremos cien ejemplos prácticos que ahora nos conducirían á prolongar esta digresion, que tal vez haya disgustado á los lectores por demasiado larga. Pero á bien que yá estoy arrepentido de haberlo hecho, y nunca es tarde si la dicha es buena.

Eso decia mi amigo D. Lúcas, el dia 1.º del año justamente, cuando yo entré en su casa disculpándome de haber faltado el primer dia de Pascuas, á deseárselas felices. Nunca es tarde si la dicha es buena, repetia, llamando á su hija para que me diera las credenciales de haber *salido* conmigo (la chica por supuesto) en el sorteo de *damas* y *galanes* verificado en su propia casa la noche anterior. Léele los *motes*, añadia sonriendo, para que vea qué bien han salido.

La niña, que á despecho de mi amigo se llama Elisa, y estudia francés en un colegio, se avergonzaba de oír á su padre, y dijo que habia perdido las papeletas, porque eso de  *echar los años*, es una tontería española que como otras muchas sólo las practica hoy dia la gente rancia. Las razones de la niña, autorizadas por la esperiencia de sus trece años de edad, me convencieron de que las diversiones de D. Lúcas eran extravagancias del antiguo régimen; pero tardé bien poco en hacer la oposicion á la

eminente doctora, porque habiéndome presentado su generoso papá una copa del licor que le habia regalado un amigo boticario, y ciertos mantecados de las Monjas Teresas, se queria rebelar contra mi estómago, negándole aquel dulce refrigerio. Hablaba de *buffet* y de *raout*, y pretendia que me sirviesen un té, pero que se llevasen los bollos y el licor, porque semejante ordinariez la crispaba los nervios. Afortunadamente D. Lucas se incomodó con su hija, y yo mortifiqué mi cuerpo comiendo un par de bollos y apurando la copa, para contribuir á la buena educacion de Elisa, enseñándola á respetar á su padre.

Despedíme de mi amigo, deseándole, ó diciendo que le deseaba prosperidades en el año nuevo, y me fuí á visitar otras várias casas donde me trataron poco más ó ménos que en la primera. Volví á mi casa riéndome de cierto aristócrata moderno que no cabia en sí de gozo, porque en vez de regalar á su médico dos pavos y una docena de botellas el dia de Noche-Buena, con una tarjeta que dijese: *Aguinaldo*, le habia remitido una caja de dulces franceses el dia de año nuevo, con una tarjeta que decia: *Etrennes*. Esa ridícula remonta que habia echado á la inveterada práctica de nuestros abuelos, le hacía pasar por hombre de buen tono, y le distinguia de la gente chapada á la antigua, que en vez de mendigar voces estrañas para bautizar sus costumbres, respetan los nombres con que les fueron trasmitidas. Hé ahí una innovacion que apenas hiere la corteza del árbol, y que ciertos críticos consideran como un cáncer incurable.

Los paseos, las fondas, los cafés y los teatros, todo es invadido este día por la muchedumbre, que en vano quiere negar con sus palabras lo que descubre su presencia. Van trascurridos ocho días de fiestas y es inútil, sin embargo, buscar una localidad vacía en ninguno de los teatros. La mejor comedia moderna no logra llenar el teatro diez noches seguidas, y sin embargo el sainete más absurdo se repite por espacio de quince días en la temporada de Pascuas. Esa parte de la población, que seguramente no es tan numerosa como era veinte años atrás, compuesta de gentes que no asisten al teatro sino dos veces al año, y una de ellas es en los días de Pascua, es otro de los testigos que ofrecimos presentar en apoyo de nuestra opinión sobre el estado actual de nuestras costumbres. Ese público, bastante numeroso, puesto que él forma la figura principal del cuadro en esos días, y para él se escriben las llamadas funciones de Noche-Buena, no compra su asiento en el teatro con el sólo objeto de asistir al espectáculo que anuncian los carteles; el suyo es mucho más estenso, y empieza á gozar el valor del billete desde el momento en que le ha colocado en su bolsillo. Si piensa acudir á la función de la tarde, desde las doce de la mañana está pidiendo la comida, y aunque viva á veinte pasos del teatro, á las dos y media, yá baja la escalera de su casa, y se dirige al coliseo, porque como él dice: «mientras se baja, se llega allá, y una cosa y otra son las cuatro.» La cosa y la otra, son esperar á que abran las puertas del teatro, asegurarse de que no se ha perdido el

billete en el camino, y últimamente llegar con anticipacion, que no se trata de ir á un duelo, sino de divertirse y sacar jugo del billete. Los acomodadores ganan esos dias el sueldo del año, y se aburren colocando á cada cual en su asiento, sin conseguirlo jamás por completo. Á las tres y media yá están llenas todas las localidades, y empieza la funcion por ver cómo encienden la lucerna y cómo la suben, y cómo la paran, y no quitan la vista de ella hasta que ha dejado de oscilar en el aire. Luégo miran con atencion los adornos del techo y el telon de boca, y mueven la cabeza á un lado y á otro para ver si les estorbarán los que tienen delante cuando se alce el telon, y gritan pidiendo música y aplauden cuando suena la orquesta, y así al empezar la funcion se han cobrado yá medio billete por lo ménos.

El dia 2 de Enero se abren los tribunales y los estudios sin que ni los muchachos ni los criados acudan á sus respectivas obligaciones; todos aplazan sus trabajos para el dia siete, y la víspera del seis por la noche, se lanzan á la calle asustados al parecer por el estruendo de los cencerros que media docena de hombres tiznados, arrastran por el suelo. La misma algazara se repite en todos los barrios de Madrid, y aunque aquellos inocentes constitucionales que van á *esperar los reyes* están borrachos, la muchedumbre que invade las calles se detiene á verlos, y su presencia es una sancion solemne de semejante fiesta. Parece imposible que sea una diversion el ir cargado de cencerros, con un hachon de viento en la mano y una escalera en la otra,

gritando «á la puerta de Toledo.... por allí vienen;» pero lo cierto es que esa ceremonia no ha perdido nada de su primitiva barbarie, y no lleva trazas de caer en desuso por ahora. Valdria más que esos artesanos que salen á las calles huidos y avergonzados de lo que seguramente no es un crimen, representasen en esa noche farsas á propósito de la supuesta llegada de los reyes magos: diversion que entónces lo sería para todos y daria lugar á bailes públicos que inaugurasen el Carnaval de una manera oportuna y notable. Pero eso lo pueden hacer los pueblos entusiastas de su nacionalidad, no los que se tiznan el rostro para aullar en medio de una plazuela. Poetizar esas costumbres, que no valen ménos que la procesion francesa del *buey gordo*, sería una buena especulacion para esas gentes que pierden su dinero por querer aclimatar diversiones extranjeras que nuestro carácter, no ménos que nuestro clima, rechazan. Si los pueblos del Norte tuviesen ese cielo que tanto nos envidian, no se afanarian por parodiar los astros luminosos inflamando gases, ni presumirian realizar el quimérico ideal de falsificar las grandes maravillas de la naturaleza. Ni el lujo de los salones, donde se guarecen de la atmósfera glacial que los cerca, sería tan esquisito, ni cultivarian con tanto esmero sus jardines de invierno si pudieran gozar de nuestro envidiable otoño, y vivir al aire libre la mayor parte del año. Entónces pondrian el lujo de los salones en medio de los jardines y no llevarian las plantas al interior de los palacios. Así, en vez de marchitar las

flores con la angustiosa atmósfera de los festines, embalsamarían el aire de sus saraos con los frescos aromas del pensil.

Pero pretender que nosotros tengamos el noble orgullo de lucir las bellezas que á Dios le plugo darnos, es algo peor que predicar en un desierto, porque allí nadie oye, pero nadie se rie en cambio, y aquí escuchamos yá la carcajada del ministro que traduce las leyes del estrangero para gobernar su país; la del concejal que arregla al español los bandos del ornato público francés; la del arquitecto que por hacer una casa á la inglesa, obliga á los inquilinos á vivir con luz artificial la mitad del año, y las risas de tantos otros rapsodistas como produce esta desdichada tierra. Dejemos el sermon por ahora y sigamos pisando adoquines por las calles de Madrid, hasta concluir esta revista del mes de Enero, con el acontecimiento de más bulto que en él se encuentra, siquiera no sea ésta ni la primera ni la segunda vez que de él escribimos.

El dia de la Epifanía, ó de los Santos Reyes, pasa sin otra novedad particular que la de acudir la oficialidad de la guarnicion á felicitar á sus jefes, y el pueblo á la capilla del Real Palacio á ver el trage que S. M. estrena, y que segun privilegio antiguo, lo regala después al duque de Híjar, cuya casa tiene con ese motivo un museo de trages reales que vale algunos maravedises. Desde este dia se empiezan las reuniones semanales en las casas de buen tono, y en los altos círculos diplomáticos se entablan más contradanzas que tratados, y se concluyen más

polkas que negociaciones. Pero de esas fiestas nos ocuparemos en el artículo siguiente, y por ahora daremos un salto de diez días, en el que ruego á mis lectores que no me acompañen, porque mi pluma ha hecho una cosa, que aunque no es nueva hoy día, me causa rubor el confesarla. Mi pluma se ha vendido á.... Más vale que vds. lo ignoren, puesto que los creo bastante prudentes para dar por terminado este artículo y no leer lo que sigue. Confiados en que vds. lo harán así, decimos.... esto es, dice mi pluma:

¡Que el día 17 de Enero no pertenece á los habitantes de Madrid! ¡Se le han cedido á los cuadrúpedos, ó estos le han señalado para su beneficio! Las llamadas *vuelitas de San Anton* es una fiesta consagrada á la memoria del burro, y él es el héroe de la broma, por más que el público asista al espectáculo que se celebra todos los años en la calle de Hortaleza, desde la madrugada hasta las ocho de la noche.

Los vecinos de Madrid admiten las caballerías á su servicio, respetando la cláusula de que el día de San Anton le han de tener libre para correr á su antojo por las calles de la capital, llenas de cintas y moños, presentándose á recibir los panecillos de cebada que un sacerdote bendice, para librarlas de muerte repentina, vejigas, esparabanos, alifafes y muermo. Ni el fogoso alazan de parada, ni la envilecida yegua de tiro, ni el castigado macho de carga, ni la resignada mula de tahona, ningun cuadrúpedo, en fin, falta á la invitación del humilde filósofo, que hace ese día los honores de la fiesta con una dulzura proverbial entre los de su especie.

\* Los portales de la carrera que conduce á la iglesia de San Anton, donde se dan los panecillos de cebada, están colgados de vistosas telas, y en ellos se venden panecillos de trigo para el inmenso gentío que acude á la fiesta. Los balcones se llenan de gente para ver pasar la comitiva que vá y viene repetidas veces, pifando y haciendo piruetas, como si los animales quisieran pagar al hombre la complacencia de asistir á su teatro. Todo es animacion y *trote* en esa broma, hasta que al sol le cumple embozarse en su capa, y la noche tiende su mantilla sobre la calle de Hortaleza.... Entónces, los actores de la funcion se retiran cabizbajos y mústios á la oscuridad de la vida privada. Los unos á roer el freno en una escuela de equitacion, los otros á esperar eternamente el pienso en casa de un alquilador de carruages.... y el pobre beneficiado á despreciar con su acostumbrada filosofía los argumentos de fresno que le hace su dueño. *¡Sic transit gloria mundi!*... Así se acaban las vueltas de San Anton.

En otros tiempos, y no hablo de fecha muy antigua, en que éramos ménos sabios, y teníamos la pobre idea de creer que habia algunos ignorantes entre nosotros, acostumbraban los estudiantes de segundo año de filosofía á llamar burros á los de primero, y los llenaban el aula de paja el dia de San Anton. Esa broma solia tener mal resultado, y aunque semejante ley, por demasiado *física*, no la encontraban nada *lógica* los que estudiaban la susodicha, aún me parece á mí más propia de muchachos que el orgullo con que hoy se presenta

un niño de catorce años á exigir de su catedrático la certificación que no ha ganado, enseñándole un periódico con su nombre y apellido al pié de unos renglones cortos y largos. La criaturita ha salido poeta; ha despuntado por ese camino, dicen sus padres, y yá no necesita estudiar. Seguramente, digo yo: el argumento no tiene réplica. El catedrático le enseña lo que aprende en los libros; el muchacho hace libros, *ergo* la consecuencia es clara, sabe más que su maestro.

El resto del mes no ofrece nada de notable, si se exceptúa la muerte de infinitas publicaciones periódicas y literarias que empiezan su vida con el año nuevo, llenas de pompa y vanidad, queriendo regenerar el mundo, sin hacerse cargo de que todo perece en él.... todo.... hasta este artículo que á muchos les parecería que no acababa nunca.

## II

## FEBRERO

Tiritando de frío por las heladas de su antecesor, viene al mundo el segundo hijo del año, enfermizo y raquítrico, hasta el extremo de morir tan joven, que si su padre no duerme *la siesta dos veces*, sólo vive 28 días, y aunque el año sea *bisiesto*, muere á los 29. Es por esta razón el más mimado de la familia, y sus calaveradas le han valido el justo renombre de *loco*. Dispone á su antojo de los elementos, y tan pronto se entretiene en robar el calórico de la atmósfera, poniéndonos á 8 grados bajo cero, como en regar la tierra, para secar despues con su frío aliento las tiernas hojas de la inocente semilla, que tuvo la imprudencia de asomarse á saludar la temprana primavera. Su mayor diversion es reunir las nubes representando con ellas el diluvio universal, y sin dignarse avisarnos para que construyamos un arca, suele convertirnos en ranas, dejándole á Marzo el cuidado de secarnos con su incansable fuelle. Pero si oye que los labradores le llaman *febrero cebadero*, endurece la tierra de tal modo, que los granos no alcanzan cabeza en todo el año. Figúrase á veces que nuestros concejales quieren contratar un

nuevo pavimento para las calles de Madrid, y de la noche á la mañana tiende una alfombra blanca como la nieve y mullida como un colchon de pluma. Seca de repente la atmósfera, y nos deja un suelo de cristal, sobre el cual nos resbalamos y caemos, gracias á la dulzura de su aliento que se entretiene en ayudarnos. Si apreciando sus cristales nos ocurre cubrirlos echando paja ó serrin por las calles, entónces se divierte en quemar la alfombra con un sol de Julio que le presta su hermano Agosto, y nos pone perdidos de lodo; en fin, baste decír, que no hay locura que no invente ni maldad que no medite para atormentarnos. Seguramente el señor Numa Pompilio le añadió al año, para castigo de la raza humana, y algun alma caritativa (médico quizás) le abrevió los dias de su vida para que hiciera ménos estragos. Pero yo qué he ofrecido á mis lectores no salir de Madrid en todo el presente año, habré de tomarle tal cual es, y divertirme con las máscaras que me proporciona.

Venga en hora buena su dia 1.º y plázcame ó nó el saberlo, quiera ella decirlo ó callarlo, preguntémosle á mi vecina la beata, para qué diablos engalana con lazos colorados y azules ese hermoso par de pichones moñudos que con tanto regalo y tanto mimo ha criado en su propia casa. Averigüemos por qué los coloca en un canastillo tan lujoso, y sepamos á la vez qué torta es esa que tiene encargada al confitero de la esquina. Pero vive Dios, lector, que yo sería muy torpe en hacer semejante pregunta, y darianme por esa ignorancia el horrible dictado

de herege, sin que me valiera la bula de Meco, ni la torta de Orche. (Que aquí, entre paréntesis, y aunque me oigan los orchanos, te digo que es la torta más grande que pudiera imaginar el hambriento Heliogábalo. Figúrate que es una torta compuesta de cuatro quintales de miel y ocho de harina, que la llevan en procesion el dia 2 de Febrero, y comen luégo las gentes de veinte pueblos á la redonda.)

¡Buena se pondria la beata conmigo si creyese que yo ignoraba su devocion á la Virgen, y que siendo al dia siguiente la Purificacion de Nuestra Señora, los pichones y la torta forman la ofrenda que ha de ir en la procesion! ¡Pues sí que daria gusto oirla si la preguntase, por qué habia comprado en la cerería cuatro velas lujosamente rizadas! Dios me libre de semejante curiosidad, y cumpla ella en buen hora sus devociones á la Virgen de la Candelaria, que tras de un tiempo otro viene, y si por San Blas la cigüeña verás, tambien dicen los valencianos que *si la Candelaria plora l'ivern fora, y si no plora ni dins ni fora*, y si tú, lector, dices que esto no viene á cuento, todos teneis razon y punto concluido.

Miéntras te pasa el enfado, me voy hácia el paseo de Atocha, á ver cómo se celebra en el dia 3 de Febrero la romería de San Blas, aunque los cortesanos tienen tanto gusto para esta clase de fiestas como los ingleses para vestirse de toreros. Has de saber que ni ermita propia tiene yá el bueno del santo. Á pesar de haber sido obispo y *abogado* de los males de la garganta, vive de prestado en la

capilla del *Ángel*, donde apénas cabe uno solo; tanto es pequeña y pobre. Gente acude mucha, pero toda la diversion consiste en andar de un lado para otro, subir á merendar al cerrillo del Observatorio, si el tiempo lo permite, que no suele tener tanta bondad, y volver cada cual á su casa diciendo que ha estado en la romería. Véndense allí algunos bollos llamados *panecillos del santo*, y son una especie de moneda de harina, agua y azúcar que vino á la Côte en barras, por Navidad, la acuñaron despues los confiteros con el busto de San Anton, sirvió luégo para el reinado de San Sebastian y el de San Ildefonso, y corre en tiempo de San Blas, que la retira de la circulacion hasta la república del día 1.º de Noviembre.

Á todo esto, el tiempo, verdadero Judío Errante de la eternidad, dá fin el día 3 de Febrero, y *anda anda*, hasta llegar al cuarto; en cuyo día cumple á mi propósito hacer alto para coger el calendario y ver si la Cuaresma cae alta ó baja, como dice el vulgo. Pero cátrate, lector, que la tenemos tan próxima, que si no aprovechamos el tiempo, apénas nos pongamos la careta nos las habrémos de quitar para cubrirnos la frente de ceniza y prepararnos á la penitencia y á los ayunos. Razon tenian los habitantes del alto círculo aristocrático para empezar sus reuniones semanales en el mes de Enero, y torpe anduve yo en no seguir su rumbo, ingiriéndome en algunos de esos *saraos*, siquiera tuviera el trabajo de llamarlos *soirés*. Ahora apénas tengo tiempo de aprender á hablar francés, y ó he de pasar por cuerdo ó no puedo tener la honra de ser admitido en esas fiestas

*eclatantes*, que el vulgo soez diría deslumbradoras. Habrémos de tener paciencia en justo castigo de nuestra ignorancia, y contentarnos con leer el *juicio crítico* que publica *El Regenerador*, periódico de política destinado á defender los intereses materiales de los pueblos, sobre el primer baile de una de las primeras notabilidades de la Córte. Si el lector no entiende alguna palabra, le aconsejamos que en vez de tener paciencia, tenga á la mano un diccionario francés-español. ¡Quiera Dios que así logre lo que yo no he podido lograr ni así ni asá!

Dice así el periódico en el último de sus artículos de fondo nada ménos:

«Ayer tuvo lugar el brillante acontecimiento que  
»intrigaba los ánimos de nuestras hermosas y que  
»era esperado con ánsia de los jóvenes liones de  
»Madrid.... ¿Comprenderán nuestros lectores que  
»aludimos á la brillante soiré de la espirituosa  
»condesa de O...? ¿Será preciso decirles que anoche  
»se miraron abiertos los elegantes salones de esa  
»reina del buen tono, y que su proverbial esprit y el  
»há propos cón que hace siempre los honores de su  
»casa, reunió en ella la sociedad más escogida de  
»la Córte?... ¡Nó por cierto!... Todos tienen noticia  
»de esa novedad aristocrática que por espacio de dos  
»meses ha sido el tema favorito de los círculos del  
»buen tono, y nuestra noticia crisparia con justa  
»razon los nervios de nuestras lectoras. Limitarémós  
»nuestra tarea á enumerar las notabilidades de la  
»reunion, dejando para otro dia el describir como  
»corresponde una fiesta que por más de un título

»dejará un recuerdo ravissant en el ánimo de las  
»lionas y de los dandy.

»La jóven condesa vestia un trage de ilusion,  
»glacé plata, y adornaba su graciosa cabellera con un  
»prendido de marabus á la Praslin.—La seductora  
»duquesa de A.... lucia un trage de fantasía, gro-  
»moare caña, y la riqueza de los diamantes que  
»ceñian su negra cabellera, luchaba por eclipsar  
»el brillo de la nacarada frente de esa joya aristo-  
»crática.—La fascinadora marquesa de B.... arre-  
»bataba con su vestido de capricho, y una delicada  
»camelia era el único adorno de su hermosa cabeza.  
»—Las señoritas de X... hacian ilusion con sus  
»graciosos trages blancos sembrados de flores.—  
»Las siempre amables hijas del general Z.... tenian  
»un encanto inesplicable.—La elegante esposa del  
»célebre capitalista G.... deslumbraba por la riqueza  
»de sus alhajas, y el buen tono de sus maneras.—  
»En suma, todas las señoras que asistieron á esa  
»brillante soiré rivalizaron en lujo y en hermosura.  
»—Sentimos que la hora avanzada á que se concluyó  
»la fiesta no nos permita detenernos á enumerar todos  
»los encantos de esa noche que dejará un eterno  
»souvenir en el ánimo de los que, como nosotros,  
»tuvieron la honra de ser invitados.—Otro dia seré-  
»mos más largos, y hoy concluimos diciendo que á  
»la puerta del salon se repartian graciosos bouquets  
»de flores del tiempo, que el buffet estuvo servido  
»con profusion y buen tono, y que esta soiré no  
»tendrá rival hasta que tenga lugar el raout que,  
»segun se asegura, dispone la siempre graciosa

«baronesa de U..... en su risueño chateau de «campana.»

Artículos de ese jaez, que todos los días aparecen en nuestros periódicos, servirán con el tiempo para estudiar nuestras costumbres, y sirven hoy para olvidar el idioma de nuestros padres, sin enseñar ningun otro á sus nietos. Esas *espirituosas* señoritas que tienen por oficio *hacer ilusion* á los jóvenes *liones* en una *soiré* y que salen al público representadas por las letras del alfabeto, se *crisparán* al oirnos, y con su *proverbial esprit* dirán que no somos á *propos* para el siglo presente. Orgullosas con oir decir que fascinaban y arrebatában con sus trages de *fantasía* y sus adornos de *capricho* se reirán de estos artículos, tapándose la boca con el *bouquet*, y para convertirnos, nos hablarán del espléndido *buffet* que *les fué* servido en el *raout*, ó nos llevarán á una *matiné musical*, para que la señora de la casa nos *haga los honores* sirviéndonos un *plateau*.

Pero nosotros hemos resuelto morir impenitentes, y aunque asistamos á esos *saraos*, donde acuden los jóvenes *petimetres*, no veremos *hacer ilusion ni honores*, sino *agradar y recibir* con la amabilidad debida á los convidados; y ni los *ramos* nos parecerán *bouquet*, ni llamaremos *buffet* al *ambigú* ni acometeremos ansiosos el *ramillete* porque se llama *plateau*. Todo eso para nosotros es una mera cuestion de nombres; y ni el empezarse nuestros bailes á la hora en que terminaban los del siglo pasado nos aflige, ni vemos en ello otra influencia que la de la moda, verdadera encarnacion de la veleidad humana. ¿De qué sirve hablar francés

é inglés en esas reuniones, si las abrasadoras miradas de nuestras hermosas han de quemar la fria gravedad inglesa, que quieren aparentar á despecho de sus animados semblantes?... ¿Qué vale llamar buffet al ambigú, si nuestra proverbial galantería no ha de permitir que las señoras se sirvan por sí solas, como sucede en las *cultas* regiones que en vano queremos imitar? Digan lo que quieran, yo sé que no quieren lo que dicen, y les voy á enseñar el verdadero Carnaval de Madrid, con todas las modificaciones que ha sufrido, merced á la nueva forma de gobierno que hoy tenemos, y á otras cosas por el estilo que no son de este lugar, ni lo serán de ningun otro, ínterin Dios me tenga de su mano, para que yo no vuelva á poner la mia en asuntos políticos. Todo me parece bueno en esas materias, ménos tomarme el trabajo de examinarlas. He resuelto «no salir de mis trece», y aunque pensaba que estos artículos fuesen doce, escribiré uno más para que «el diablo no se ria de la mentira» y ahora sigo el presente para que el lector no se ria de mis digresiones. Y por si yá se hubiere empezado á reir y á mí me diere de ello vergüenza, cosas ámbas que ignoro, cúbrome el rostro con la careta, y á través de la carátula digo lo siguiente:

El Carnaval empieza, segun unos, el dia 7 de Enero, y concluye en la madrugada del Miércoles de Ceniza; y sólo dura, en sentir de otros, los tres dias ántes de la Cuaresma, propiamente llamados de carnestolendas. Pero en estas cuestiones los más ponen la ley á los ménos, y la mayoría de nuestro

pueblo se pinta sola para prolongar las fiestas. Nuestros artesanos llevan muy á mal que se les haga observar el precepto del Domingo, y es tal su amor al trabajo, que pasan el Lunes renegando del tiempo que han perdido la víspera, y emplean el Sábado en lamentarse de que sea día festivo el siguiente. Esto lo sabía yo ántes de haber visto dos vagos en medio de la Puerta del Sol ocupados en ver un mozo que se paseaba con un cartelón en el que se leían estas palabras: *Organización del trabajo*.

Sucede por lo tanto que el Carnaval de Madrid es todo lo grande que permite la estación, y el reinado de la careta se anuncia desde la primera quincena de Enero, aunque no ejerce su verdadera dictadura hasta los últimos días de la temporada. Los bailes de máscaras han servido á muchas gentes de barómetro para averiguar si caían ó nó en desuso semejantes fiestas, pero han sido chasqueados en sus observaciones, como lo sería el que quisiese medir lo que se come en Madrid por la gente que concurre diariamente á las fondas. Dicen que se ha perdido el gusto á las máscaras porque los bailes públicos no están tan concurridos como hace algunos años, y no se acuerdan de que habían estado prohibidos mucho tiempo, y aquel furor de disfrazarse no era otra cosa sino el apetito natural de una generación nueva que corre tras de un goce nuevo, y que le apura frenética hasta encontrar las heces. ¡No haya miedo que á nuestros hijos les suceda otro tanto! Sus madres han cuidado de llevarlos á los bailes desde muy niños, y como el ruido de la

orquestra no les deja dormir, tienen tanto horror á las máscaras como miedo al bú. Si ellos abandonan esos bailes, la generacion que venga despues los acogerá con el mismo entusiasmo que nosotros.

Otras causas no ménos influyentes pudiéramos citar en apoyo de lo que dejamos dicho; pero de nada servirian á nuestro propósito, porque nosotros estamos persuadidos de que el verdadero Carnaval de Madrid no le constituyen los bailes públicos. Esa diversion es una de tantas insignias estrangeras como diariamente queremos lucir sin tener donde llevarlas. Para conocer las verdaderas costumbres de la Côte en la temporada de carnestolendas, es indispensable que yo presente á mis lectores en casa de mi apreciable amigo D. Policarpo Sainz de la Vega, regidor cesante, á pesar de su regiduría perpétua, de esta M. H. villa, y ex-oficial de la antigua contaduría de Espolios y Vacantes.

En una modesta casa de dos pisos que heredó de sus padres en la plazuela de Afligidos, con el fruto de sus economías y el buen arreglo de su cara mitad, vive D. Policarpo, esperando todos los dias la entrada triunfal de Carlos V en la Côte de las Españas; y sin haberse podido convencer aún de que un gefe tan valiente como Zumalacárregui se dejase matar en el sitio de Bilbao. Para él no hay duda de que aquella muerte fué supuesta, por convenir así á los intereses de la causa carlista, y cree que el desgraciado general está oculto en el estrangero hasta mejor ocasion. Quitarle á mi amigo sus esperanzas y desvanecerle sus ilusiones, sería imposible, y yo

por mi parte, no lo intentaría jamás. Ellas le han dado valor para soportar las privaciones á que le ha condenado la revolucion y sería una iniquidad robarle la única joya que ha podido salvar del naufragio político. ¡Dichoso él que tiene fé en algo, y pobres de aquellos que no la tienen ni en sí mismos! Harto trabajo tiene mi amigo con sostener la vacilante fé de su esposa, que compadecida de la oscuridad en que viven sus hermosas hijas, quiere liberalizarse alguna cosa para darlas estado.

Cada nueva visita que reciben ocasiona un disgusto en el matrimonio, que fuera de estos casos vive en la mejor armonía. Los tres tipos dominantes de la sociedad moderna, son precisamente los tres demonios que atormentan á D. Policarpo. El novio de sus hijas no ha de ser ni empleado del gobierno actual, ni escritor público, ni mucho ménos oficial carlista, de los que tomaron parte en el convenio de Vergara. Imagínese el lector, cuánto habrá de sufrir la pobre madre, que ménos fanática que su esposo, se hace cargo de que el único patrimonio que puede ofrecer á sus hijas, es el proporcionarlas un buen esposo. No deja mi amigo de conocer que su esposa tiene razon, pero como él está persuadido de que el hermano de su difunto monarca, se ha de sentar en el trono el dia ménos pensado, aplaza para entónces las bodas de sus hijas, y va contemporizando con los deseos de éstas, permitiéndolas alguna diversion de las que jamás entraron en el sistema de educacion que pensó darlas. Pero, como

él dice, y aprendió de Esopo, ni tan flojo que se deshaga ni tan tirante que se rompa.

Esa juiciosa reflexion es la que alienta á la madre, órgano de los deseos de las niñas, á solicitar de Don Policarpo el competente permiso para asistir á un baile de máscaras. Sírvales de pretesto el que los billetes han sido regalados por un contemporáneo de mi amigo, que aunque de opiniones carlistas, no deja por eso de divertirse entre los liberales, y es lo que se llama un viejo verde. El ataque no puede darse más en regla, y cualquier otra persona que no estuviese tan parapetada como mi amigo en sus antiguas creencias, cederia á los ruegos de la familia; pero él se toma tiempo para pensarlo, y á última hora no le falta un motivo legítimo que alegar para que sus hijas no asistan al baile. Prodigalas en cambio toda clase de caricias, y las ofrece un dia de campo en la pradera de la Teja y llevarlas al teatro el Domingo de Carnaval. Pero nada de esto satisface el capricho de las niñas, y es preciso que su padre las autorice para asistir á un baile de máscaras. Pónense en juego toda clase de resortes; cítanle á D. Policarpo cien familias de su clase que hacen otro tanto, y arrancan por fin el suspirado permiso con las siguientes condiciones: primera, que el baile no sea público, para que sus hijas no alternen con esas mugerzuelas que, pagando un duro á la entrada, hacen yá informacion de buenas costumbres; segunda, que no vistan trages deshonestos; y tercera, que no se disfracen de monjas ni de beatas.

La primera cláusula es algo difícil de cumplir,

porque precisamente las niñas yá han asistido otros años á esos bailes de casa particular, y lo que ellas quieren es presentarse en los de Villahermosa, que tanto les han elogiado sus amigas. No habia otro medio sino engañar á D. Policarpo; pero á eso no se presta la madre, y es preciso por lo tanto buscar billetes para algun baile de sociedad, ó resignarse á ser presentadas en alguna casa particular donde se disfracen media docena de familias todas conocidas.

Esto último agrada sobremanera á mi amigo, y le decide á contribuir por su parte á la diversion de sus hijas, sacando de entre sus papeles el ceremonial de la Côte de Carlos III, para que por aquellos figurines y con ciertas cortinas de damasco antiguas se hagan los trages. Él mismo se encarga de hacer las carátulas con unos retazos de raso blanco que sobró de una bandera que bordaron las niñas para el ejército carlista.—Y suplico encarecidamente á la policía que no se dé por entendida de esta noticia, porque bastantes sustos pasó mi amigo miétras se bordaba, y buen trabajo le costó enviarla el año 1837 á la Côte de Oñate. Hoy dia se consuela con saber que la conserva en su casa un cura del valle de Elizondo, que la pudo salvar de la suerte que sufrieron las del general Maroto.

El dia del baile es el Lunes de Carnaval, y las hijas de D. Policarpo, que habian medido el valor de aquella fiesta por el trabajo que les habia costado alcanzarla, llevan un desengaño de los infinitos que sufre la humanidad al realizar sus mejores ilusiones. Miétras las niñas arreglan sus trages, celebra mi

amigo los tres Juéves del Carnaval, llamados de *compadres*, de *comadres* y *juéves gordo*, comprando en cada uno de ellos un pastel de media vara de diámetro, conocido con el nombre de *ojaldre*. Recorre las calles de Madrid, y acude al salon del Prado en los tres dias de carnestolendas, y allí se nos pierde de vista todos los años, sin que logremos encontrarle nunca. Hemos oido decir que suele irse á los barrios bajos á ver los muñecos de paja, que con el título de *peleles*, mantean las cigarreras, y que se divierte mucho cuando le untan con yeso las espaldas: pero no creemos que sea cierta esa noticia. Este año se me ha perdido ni más ni ménos que los anteriores, y yo sólo me voy á ver las máscaras públicas, que con permiso de la autoridad, ofenden la vista con sus asquerosos disfraces y escandalizan con sus palabras obscenas.

Madrid no será nunca un modelo para fiestas de ese género, porque la índole particular de sus habitantes no las consiente; pero serian ménos malas de lo que son, si, como hemos dicho en el artículo anterior, no fuera condicion de este pueblo el avergonzarse de su propio entusiasmo. El bando de la autoridad por el cual se permite á los madrileños andar por espacio de tres dias con la cara cubierta, no produce otra cosa sino hombres vestidos de estera, mugeres disfrazadas de hombres con una escoba en la mano, tal cual muchacho con una casaca al revés y otros mamarrachos por el estilo y aún peores. Ni una comparsa decente, ni una caricatura picante, ni un disfraz de busto; nada, en fin, revela que el pueblo

se divierte con permiso de la autoridad; sino que retoza autorizado por la misma. Las mugeres de mal vivir, condenadas todo el año á arrostrar el desprecio de la sociedad, aprovechan la ocasion que se les presenta de cubrirse la cara y son las heroínas de la funcion. Tal cual estudiante de cirugía, envuelto en las sábanas de su patrona, se vale del bando para decir cuatro desvergüenzas á su catedrático en el paseo, y escita al propio tiempo la admiracion de las gentes, que no se rien del estudiante, ni de las gracias que haya podido decir; se rien.... estoy seguro de que no lo acierta el lector.... se rien de la sábana!...

Esas son las máscaras públicas de la capital de España. Esa fiesta es la que tiene por espacio de tres dias, desiertas las oficinas, las tiendas y los talleres. El público vive en las calles y en los balcones, olvidando de tal modo su propia defénsa, que la atmósfera se ceba en repartir pulmonías y los ladrones en mudar los muebles y las alhajas de unas casas á otras.

En los barrios bajos, donde se conservan algo más puras las costumbres de nuestros abuelos, ó mejor dicho donde no se avergüenzan de practicarlas, se divierten de una manera más variada y ménos sucia. Á la puerta de una casa se sientan diez ó doce mugeres, preparadas á reir en el momento que algun cándido transeunte quiere coger un duro que ellas han clavado en el suelo, ó desenvuelva una piedra que liaron con malicia en un papel. Una jóven graciosa se pára detrás de un caballero y le toca en el hombro con un guante henchido de harina que

lleva atado al extremo de un baston, y cuando aquél vuelve la cabeza, se encuentrã con un rostro hermoso que se rie de haber empolvado el de su prógimo. Otra se desliza de puntillas para prender una *maza* ó rabo de papel á los que pasan por la calle, y sus compañeras cantan las tan inveteradas como estúpidas palabras de *daca la maza, que la lleva el borriquito que vá á la plaza*, etc. Otras, en fin, se entretienen en mantear un pelele de trapo ó de paja, cantando aquello de:

Pelele, pelele,  
tu madre te quiere,  
tu padre tambien;  
todos te queremos,  
arriba con él.

Las bromas de esas gentes, que no tienen gran poesía tampoco, concluyen con una espléndida merienda, unos cuartillos de vino, y unos cuantos pliegos de papel sellado, que más tarde emborronan los curiales para sacar los cuartos á los que de resultas de esas bromas *mudaron* aquella noche *de domicilio*. (Y esta frase bonita que ha sustituido á la horrible de privar á un hombre de su libertad, llevándolo á la cárcel, no es nuestra, pero está de moda y no queremos dejar de usarla á fuer de gente jóven y por si conviniere aclimatarla.)

Los bailes de máscaras (Q. D. H.) pretenden galvanizarse en esos dias; pero no lo consiguen. Los almacenes de trages, llenos de éstos á las doce de la

noche, indican que nada basta á resucitar por ahora esa diversion. Cien dependientes de comercio que aprovechan todas las ocasiones que se les presentan de hacer una vez al año lo que nunca hacen (dormir fuera de sus casas), acuden allí de frac y sombrero, á oirse llamar judíos, por una máscara que les sacó fiado el traje que lleva, y los que ha dejado en casa por estar rotos; una docena de jugadores que pierden al champagne lo que ganaron al monte; otros tantos niños de la escuela moderna, que restituyen al fondista lo que sacaron del bolsillo de sus padres; y ciertas mugeres que contaban al ir allí con el comerciante, con el jugador y con el niño, esa es la concurrencia legítima de esos bailes hoy dia de la fecha. Las demás personas que allí se encuentran, se hallan en todas partes y no merecen ser citadas aquí. El elegante que entra á las dos y se retira á las tres; el provinciano que se marcha aburrido porque nadie le ha dirigido la palabra; el militar que asiste por tener un motivo de abandonar la guardia, y el empleado que se busca á sí mismo un pretesto para faltar al dia siguiente á la oficina, toda es gente que vá por no dejar de ir, y está dicho todo. Hé ahí los bailes públicos que tantos prosélitos tuvieron hace doce años! ¡Así pasa todo en este mundo! Y como á él pertenecen los bailes de trage, que es lo que hoy priva, pasarán del mismo modo. Por cuyo motivo y por otros que me callo, hasta que pueda familiarizarme con la idea de que los hombres se disfracen sin cubrirse el rostro, guardo silencio sobre semejantes diversiones.

Y apropósito de diversiones debo decir á vds. que la mejor que yo conozco es la de soltar la pluma al concluir un artículo.

## III

## MARZO

No suele tener más juicio que su antecesor, el mes cuya historia emprendemos, y con las señas que de él voy á daros, le conoceréis aún que se presente fuera de tiempo; cosa en él harto comun. ¿Pero qué podré yo deciros, ocupado como estoy en recoger los papeles que vuelan de mi mesa, ni qué habeis de escuchar vosotros, si harto teneis que hacer con sujetar la capa ó correr tras del sombrero que huye de la cabeza, nó con sus alas, sino con las del viento? Retiraos á vuestras casas hasta que el huracan revolucionario abandone las calles, y esperad en ellas este artículo, de cuyo recibo tendréis la bondad de avisarme; siquiera digais de mí, lo que yo digo de aquél que despues de haber escrito una carta, añadió una posdata en que decia: *Si no recibiere vd. la presente, sírvase avisármelo para mi gobierno.* El tal prójimo, cuyo autógrafo obra en mi poder, habria hecho mejor en gobernar su cabeza, y yo no haré